

día a día por el estudio y la experiencia, estamos seguros de que ese nuevo aporte llegará como sucedió con el texto que ahora saludamos con alborozo y recomendamos de veras.

César Gutiérrez Muñoz

ESQUIVEL Y NAVIA; Diego de, *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco*; edición, prólogo y notas de Félix Denegri Luna, con la colaboración de Horacio Villanueva Urteaga y César Gutiérrez Muñoz. Fundación Augusto N. Wiese (Biblioteca de Cultura Peruana, vols. 1 y 2). Talleres Gráficos P.L. Villanueva Lima, 1980; 2 vols. LXXXIX+310+ 472 págs.

Habiendo atravesado diversos avatares y sufrido una generalizada dispersión de manuscritos y borradores, las *Noticias Cronológicas del Cuzco* requerían una nueva y trabajada edición, después de las anteriores de Palma y Mendiburu. Esta edición nueva y cuidada, que incluye la confrontación de los manuscritos conocidos, viene a cubrir entonces un importante vacío en la bibliografía documental peruana. Un erudito prólogo de Félix Denegri Luna permite rastrear detenidamente aspectos de la vida del autor —tarea complementada por una cuidada nota de Horacio Villanueva Urteaga— y temáticas diversas de la obra de Esquivel y Navia. Los textos de Horacio Villanueva y de César Gutiérrez Muñoz abundan la precisión necesaria al lector.

Historiador y erudito dieciochesco, Esquivel y Navia pasó revista a numerosas fuentes para la composición de su historia del Cuzco anterior a sus tiempos. No llaman entonces la atención las numerosas menciones a los cronistas de los siglos XVI y XVII que encontramos en sus páginas, y ello requiere alguna precisión, juntamente con otros temas que interesan a la historia andina. En primer lugar, podría ubicarse un hecho normal: la aceptación en el XVIII peruano de criterios que permanecían en la discusión de los autores desde comienzos del XVI, ejemplo de ello es la búsqueda de una identificación entre la historia antigua de los Andes y la antigüedad judeo cristiana sancionada por la Biblia. Ello llevaba el debate a un segundo ámbito, y privilegiaba la tesis del origen de la población americana y peruana en los viajes de circunnavegación atribuidos a Noe. Un corolario final de esta temática hizo ingresar tardíamente a Esquivel y Navia en la polémica entre los escriturarios y escolásticos, de un lado, que acogían numerosas tesis sobre la población originaria de América —tal es el caso de fray Gregorio García (que editó su *Origen de los Indios de el Nuevo Mundo* en 1607) y, de otro, las explicaciones más modernas, como las del jesuita José de Acosta. La naturaleza de las Indias, estudiada en el ocaso de su vida por

Antonello Gerbi, quedaba planteada así en los escritos de Esquivel al comienzo de su libro. Finalmente, un tercer punto, principal para el lector contemporáneo, sería el diseño de una imagen histórica de los Andes, importante no sólo para comprender la posibilidad de una idea de la formación del Perú en un autor del XVIII cuzqueño, sino también para alcanzar una mejor comprensión del debate criollo de esos tiempos. Destaca también la imagen de Esquivel acerca de los inicios de los movimientos que permiten hablar de una guerra de la independencia andina en el XVIII, y que no es posible desligar de una situación mesiánica en efervescencia, de amplia vigencia andina.

La originalidad de los Andes, que reclamaría Esquivel, no le impidió la erudita comparación con Mesoamérica, ni tampoco, siguiendo al dominico Gregorio García y a otros autores del mismo siglo XVII (Antonio de la Calancha, Diego Andrés de Rocha), plantear en sus capítulos iniciales la evangelización de los Andes prehispánicos por un apóstol de Cristo. Aquí aparece una de las breves referencias a Juan de Betanzos, pero del texto solo se desprende, lamentablemente, leve insinuación sobre si Esquivel llegó a conocer el texto completo. Gregorio García había informado que el libro de Betanzos era mucho más extenso que los escuetos 18 capítulos que hoy se conocen; es visible, en el texto de Esquivel, que se indica la "I parte, capítulo 2" de la *Suma y narración de los incas* (p. 5); el manuscrito de Betanzos, conservado en el Monasterio del Escorial es mucho menor del citado, no contiene ninguna "segunda parte", y no llega, como debiera, a los tiempos del virrey Antonio de Mendoza. Sería posible pensar que Esquivel tomó sus datos de García, pero quizás manejó una copia entera y distinta de Betanzos, quedada en el Cuzco, pues García afirmó tener otra en su poder, revisada y citada en su libro sobre el origen de los americanos. Al margen de estos detalles, hay en Esquivel una notoria presencia de los cronistas y autores anteriores; sus resúmenes de las vidas de los incas incluyen así citas de los cronistas clásicos, especialmente Garcilaso, y otros menos comunes entonces, como por ejemplo fray Buenaventura de Salinas y fray Diego de Córdova y Salinas, Luis Gerónimo de Oré, etc. Ciertamente que en la larga enumeración de cronistas que emplea, se aprecia mayoritariamente la utilización de Garcilaso, reimpresso por Andrés González de Barcia en años cercanos a los de Esquivel. Destaca alguna vez una nutrida presencia de geógrafos y astrónomos, cronistas varios y viajeros que ingresaban en la polémica del descubrimiento de América para Europa.

Sus fuentes sobre el Cuzco mismo no se limitan, por cierto; además de los cronistas clásicos y curiosos, se anota en las *Noticias cronológicas* una serie de autores que demuestran la erudición del escritor cuzqueño y su asiduo manejo libresco (los estudios que lustran la edición hacen notar su importante biblioteca personal, resaltada alguna vez por Macera. En ocasiones abundantes, Esquivel

anota o glosa libros de cabildos, seculares y eclesiásticos, así como relaciones diversas, emplea informaciones orales de los ancianos de sus días, revisa, en suma, posibilidades múltiples de información.

El XVII cuzqueño aparece interesante, de la misma manera que el inicio del XVIII. Llama la atención, una vez más, la visible mayor riqueza de la información sobre el XVI o del XVIII, frente a la del siglo XVII. No parece extraño que los cien años de mayor presencia de la filosofía colonial peruana (Redmond), aparezcan a la vez poco documentados en términos de la historia cotidiana, como están también en lo que se refiere a la literatura histórica actual. El XVII es todavía una noche de los tiempos, en contraste con el interés que, desde la colonia, se otorgó a los tiempos de la conquista e invasión del área andina —privilegiada en la crónica clásica— y a los años de insurgencia, que caracterizaron el interés de los autores del mismo XVIII en adelante.

Al hablar de esa última centuria y de los varios sucesos que llamaron su atención, interesa nuevamente destacar las menciones que hizo Esquivel a los movimientos indígenas de la época, especialmente al de Juan Santos Atahualpa; recuerda la imagen legendaria del Paititi, a la cual vincula con el reino que Juan Santos proclamara, cuando menciona que “un primo hermano suyo estaba reinando en el gran Paititi” (II: 277). En un texto algo confuso precisa algo más: También escriben de Lima que éste se apellida Huáscar” (II: 278), y residía en Paucartambo. Juan Santos aparece así en el texto de Esquivel como evangelizador y milagroso, que amansaba fieras mostrándoles crucifijos y que convertía piedras en oro (II, 277, 295), característica ésta de especial valor simbólico. No son muchas más las informaciones de esta obra sobre el tema, pero atrae la atención la rediviva dualidad Huáscar-Atahualpa que señala.

Otros temas andinos son importantes, aunque aislados. Resalta la presencia continua de la epidemias que assolaban a la población, algunas de sus informaciones sobre ellas fueron mencionadas, por ejemplo por José Toribio Polo en su ya clásico estudio sobre las epidemias en el Perú (1913). Puede rastrearse en Esquivel diversas informaciones sobre la población, así por ejemplo los muchos conflictos originados en la actividad y los abusos de los corregidores, revisada largamente por Félix Denegri en la introducción a esta edición, también proporciona datos referentes a las idolatrías de diversos momentos coloniales, una muestra: en 1739, a consecuencia de un terremoto, se arruinó la doctrina dominica de Santa Catalina de Toro (Aimaraes), encontrándose debajo del altar mayor de la misma “cuatro ídolos de cobre, de figuras humanas”. Finalmente, hallamos también muestras de rituales andinos: una investigación en el pueblo de Capi, en Chilques, motivada también por movimientos telúricos y alarmas consiguientes, culminó con el apresamiento de varios “hechiceros”; “Tomóse la confesión. . . y la de Pedro Guamán, que es la primera. . . (quien) declara, haberle

enseñado sus hechicerías un indio llamado Rochino o Callapero, que era el maestro de todos ellos; que cada conjunción de luna iba a una estancia de la repartición del aillo Callancha, donde estaba una capilla con la imagen de la Ascensión del Señor y allí concurría con otros; y ofreciendo medios reales, porción de coca y brebaje de maíz llamaban al demonio con nombre de Santiago y al punto se aparecía una fantasma, como de una vara de estatura, con un caballo blanco, descendiendo por el techo de la capilla. Ponían en el suelo sobre paja menuda que llaman huayllahicho, dos cantarillos de chicha, coca y cierto género de piedras, que dicen mullu; y mascando la coca, invocaban y decían: ‘Ven Santiago huayna, ven Santiago Apu’ (huayna quiere decir mozo; y apu, Señor). A estas voces descendía el fantasma con grande resplandor y a veces con relámpagos; postrábanse y a poco rato, quedando ya a oscuras, pedían les favoreciese. El fantasma les respondía: ‘Yo os ampararé y socorreré con tal que no os confeséis, ni oigáis misa, ni vais a doctrina, recéis, sino que sólo os dediquéis a mi culto’. Y dicho esto desaparecía. Esta es la declaración de Pedro Guamán, en que conviene con las de los otros reos, confesando esto haber hecho muchas veces’ (Año 1707; II: 197). Casos así son múltiples, pueden compararse con informaciones similares recogidas años después en Lircay, por ejemplo (cf. Franklin Pease “Un movimiento mesiánico en Lircay, Huancavelica (1811)”, *Revista del Museo Nacional*, XL, Lima 1974).

Con esta obra nace la Biblioteca de Cultura Peruana, bajo los auspicios de la Fundación Augusto N. Wiese. Es loable la determinación que la anima, y que hace posible la edición de importantes libros que permiten un mejor conocimiento del Perú y de su historia; la importancia de una labor editorial como la iniciada con las *Noticias cronológicas del Cuzco* es particularmente grande, si se tiene en cuenta que muchos textos valiosos para el estudio de la historia del Perú han sido editados en forma deficiente, o son obras rarísimas difícilmente al alcance del lector. La continuidad de esta Biblioteca de Cultura Peruana, promete así buenas esperanzas para las ediciones de fuentes históricas de interés no solo para el erudito o el investigador, sino para el estudiante y el lector en general.

Franklin Pease G.Y.